

Las gárgolas de Palencia

(Hacia el siglo XV) Ilora y su hermano Leandro, dos jóvenes huérfanos y vagabundos vestidos de forma andrajosa, paseaban por el mercado de Palencia. Este se encontraba prácticamente desolado y la poca gente que se encontraba en aquel lugar los miraba con recelo. La enfermedad y la pobreza habían dejado desierta la ciudad, poblada mayormente por las ratas. Aunque eran jóvenes, los dos hermanos sobrevivían con lo poco que la gente compartía con ellos, ya que la comida escaseaba desde hacía tiempo. Ambos anhelaban salir de aquel lugar que tantos malos recuerdos les causaba, para refugiarse en el campo, viviendo de un pequeño huerto y de sus animales. Pero por el momento, debían conseguir algo para llevarse a la boca.

Ambos eran de piel blanca y ojos azules, ensuciados por el tan insano ambiente y la intranquilidad de sus vidas. Nadie los educó, las calles les enseñaron todo lo que necesitaban.

Con el estómago vacío, se dirigían al centro de la ciudad. No habían conseguido nada y dentro de poco anochecería. Debían buscar un lugar donde refugiarse. Se escuchaban no muy lejos el rápido crepitar de las herraduras de un caballo.

Al instante, un carro cubierto pasó a gran velocidad por delante de ellos a punto de atropellarlos. En pocos segundos, el vehículo giró bruscamente y una de las ruedas se destroza y cae, impidiendo continuar el apresurado paso.

Leandro era mucho más pícaro y astuto que su hermana. Sabía que la protección del carromato ocultaba la existencia de algo muy valioso en su interior. Salieron dos soldados armados, luciendo en sus armaduras el escudo de Navarra. La evidencia se hacía cada vez más clara. Los hombres acorazados partían en busca de una rueda de repuesto. El chico no pudo aguantar la curiosidad y se dirigió hacia la carreta sin ser visto. Se asomó a uno de los barrotes de los que constaba. La poca luz que entraba dejaba ver un lujoso cofre de orfebrería, decorado con piedras preciosas. El muchacho volvió con su hermana.

- Dentro del carromato hay un cofre de oro. Algo así debe guardar algo aún más apreciado si cabe.- dijo Leandro entusiasmado.

-No estarás pensando en robarlo. El carro está cerrado a cal y canto, además los guardias volverán de un momento a otro.

-¿Te crees que soy un iluso? Esperaremos a ver a donde lo llevan y ya planificaremos algo.

Ilora iba a replicar, pero los guardias llegaron y tuvieron que ocultarse.

-Vamos a seguirlo- dijo su hermano susurrando.

El carro circuló por las arterias de la ciudad, más lentamente debido a la estrechez y a algún ciudadano que se cruzaba en su camino. El sol empezaba a ocultarse entre las montañas. Llegaron hasta la plaza, dirigiéndose a la reconocida catedral de Palencia. Ilora alzó la vista, la había visto.

cientos de veces, aunque en ese momento las siniestras gárgolas y la oscuridad de la noche le dieron un aire mucho más lúgubre.

En la entrada se encontraba la extravagante escultura de un monje, con la mirada fija en los visitantes que entraban en su morada. Ilora no pudo evitar sentir escalofríos. Leandro le cogió la mano y la llevó apresuradamente detrás de una de las columnas del edificio, le decía por señas que guardara silencio. De pronto, las puertas de la catedral se abrieron, dejando paso al obispo de la ciudad. El cual parecía haber adquirido el sombrío aspecto del lugar donde residía. Ambos guardias tomaron el cofre y se lo entregaron. El eclesiástico entró en el edificio y cerró el enorme portón. Algo extraño estaba sucediendo. Los hermanos salieron de las sombras para dirigirse debajo de una de las grandes vidrieras. Leandro parecía tener previsto todo lo que iba a ocurrir. Sobre sus cabezas se alzaba la majestuosa gárgola del León, la cual fue observada detenidamente por ambos. Los ojos y las fauces de la inerte criatura intimidaban al mirarlos.

Los hermanos decidieron entrar en el edificio. El interior de la catedral tenía un aire enigmático, siniestro. El silencio era absoluto, aunque se escuchaba el leve susurro de las hojas de un libro al moverse, claramente producido por el obispo. Ilora y Leandro se ocultaron dentro del confesionario, el cual se situaba en un rincón de la estancia. Un denso olor a madera y humedad se percibía en el habitáculo. Esperaron allí durante un largo rato, hasta que el colosal portón se abrió y apareció la estirada silueta del obispo, la cual desapareció tras cerrar las puertas. Todo se sumió en las sombras.

-Ya podemos salir.- dijo el chico.

Este se dirige al altar para coger una de las velas, la cual encendió con una de las tantas cerillas que guardaba en su bolsillo. La frotó rápidamente con la tela de cuero desgastado de su chaqueta y consiguió alumbrar el habitáculo con una tenue luz.

-Esa debe ser la dependencia del obispo, allí dentro deben estar sus enseres.

-Creo que esto es mala idea Leandro. Tal objeto denotaría su propia desaparición. Sin contar lo inhumano que es robar en la casa de Dios.

El chico hace caso omiso de su hermana y entra en la estancia. La cual constaba de una pequeña librería, una mesa con numerosos documentos y papeles y varios armarios de distintos tamaños. No se veía al cofre por ningún lado. Era obvio que el eclesiástico había escondido bien algo de tanto valor. Leandro ve algo brillar detrás de uno de los armarios. Se acerca e intenta empujar el mueble. Su hermana acude a ayudarlo. Para su sorpresa, el estante tenía dos caras, es decir, había compartimentos tanto delante como detrás del objeto. El chico abre uno de las puertecillas de cristal y toma con sumo cuidado el cofre de oro. Lo coloca en el suelo y lo abre lentamente. El interior era de terciopelo que acomodaba a un cáliz de oro, cuya base estaba adornada por cuatro rubíes. Lo que más destacaba del lujoso conjunto, era una extraña piedra color blanquecino en el centro. Ambos se quedaron atónitos.

-Con este cáliz conseguiremos huir de la horrible vida que hemos tenido que soportar hasta ahora. No hay que decir más, en cuanto salga el sol, me llevaré el cofre y en su interior el cáliz para venderlo a algún noble o burgués que se interese- dijo sin aliento Leandro.

-¡Espera! Se acabó.-exclamó Ilora.

-¿Qué pasa? Pensaba que tú también querías lo mismo.

-¡Estás ciego Leandro! No creía que la desesperación te llevara hasta este punto.-se dio la vuelta.- Padre no quería que hicieras esto.

-Padre lo hubiera querido si esa fuese la única solución ¡Se acabó! Quédate aquí y dile al obispo que yo robé el cáliz. Para entonces yo estaré muy lejos de aquí y tú podrás vivir tranquila de una vez.

El eco de su voz fue eclipsado por un fuerte estruendo. Ambos corrieron a refugiarse debajo de la mesa del obispo. El silencio se hizo eterno. De repente, se escuchó unos golpes consecutivos en el suelo del edificio. Ilora temblaba abrazada a su hermano, el cual intentaba ocultar su temor para tranquilizarla.

Algo se estaba acercando a la puerta. Ilora se asomó temerosa, intentó no gritar, pero fue imposible. Leandro no creía lo que veían sus ojos. Una criatura bípeda, con poderosas garras y unos penetrantes ojos sin vida se acercaba a ellos. Los hermanos no podían salir de su asombro. Además poseía cabeza de carnero y cuerpo de ave. El ser tenía una respiración agitada y profunda. Leandro cogió la mano de su hermana y rápidamente, levantó la mesa y se dirigió a la salida sin esperar lo que le esperaba fuera. El majestuoso león que observaron a su llegada había cobrado vida, y parecía haber esperado a su llegada para abalanzarse sobre ellos. Leandro cubrió a Ilora con su cuerpo y recibió un doloroso golpe en la espalda. Jadeando de dolor, sube hasta el campanario junto a su hermana. Cerró la puerta lo más deprisa que pudo y fue empujado hacia atrás por la fuerza de la criatura, cuyas garras se clavaron en la gruesa madera de la puerta.

El chico comprendió que la única protección que tenían no duraría mucho y la única salida que tenían eran las escaleras del campanario. La respiración entrecortada de ambos fue lo único que escucharon durante un largo rato. No sabían lo que estaba pasando y todo se había convertido en una pesadilla.

- ¿Leandro?

-...

-Creó que ya entiendo lo que está pasando.-estaba mirando hacía la ventana.-Las gárgolas han abandonado el pilar donde se encontraban y parece que no les ha gustado mucho que robemos las pertenencias de su hogar.

Leandro se había tumbado de costado en un extremo del campanario. El golpe de la estatua le había provocado mucho dolor, no podría levantarse. La única salida era el tejado. Ilora se armó de valor y cogió el cáliz. Pero en un extraño chillido seguido hizo que estuviera a punto de precipitarse al vacío. Era otra de las gárgolas, la cual era un águila con cuerpo de león y poderosas alas. Ya en el tejado, la chica intentó correr, pero la estatua consiguió hacerla caer. Cuando consiguió ponerse de pie, se dio cuenta de que el cáliz había desaparecido. El valioso objeto había descendido hasta el desagüe de la catedral. Ilora lo cogió, pero resbaló y se desplomó contra el suelo. Por suerte la altura no era excesiva y pudo correr hasta la entrada del edificio. Pero era demasiado tarde. Las endemoniadas estatuas la esperaban con furia. La rodearon al instante.

-Por favor, yo no quise hacer esto.

Se arrodilló frente a las gárgolas con el cáliz en el suelo, delante de su cuerpo. Para ella, el momento se hizo eterno. Numerosas y rápidas lágrimas surcaban su cara y chocaban contra el suelo. Cuando tuvo el valor de alzar la vista, vio como las tétricas criaturas se arrodillaban frente a ella.

Una figura apareció de la oscuridad. Era la tenebrosa estatua del monje. Le dedicó una alegre mirada a la chica por unos segundos y cogió el cáliz en sus robustas manos. Ilora no podía creer lo que estaba pasando. La estatua puso en sus rodillas un viejo cofre. Todas las extrañas esculturas volvieron a sus pilares tomando la postura que siempre habían adoptado. Pero antes, el águila con cuerpo de león llevó en sus garras a su hermano, después lo dejó en el suelo y volvió al lugar que ocupaba. Ambos hermanos se abrazaron, sorprendentemente, las heridas de Leandro habían desaparecido. Huyeron hacia el centro de la ciudad a toda prisa. Muy pronto el sol sortearía los toscos edificios.

Tras su asombrosa aventura todo volvió a la triste normalidad en la que se encontraban. Nadie se enteró de lo ocurrido en la catedral. Cuando consiguieron refugiarse en un lugar tranquilo, abrieron juntos el viejo cofre. Contenía oro, piedras preciosas y monedas. Por fin podrían hacer realidad todo lo que habían deseado.

Y así es como los hermanos harapientos, pordioseros y ladrones que describí antes, consiguieron llevar una vida tranquila y convertirse en personas de provecho a lo largo de muchos años. Además el reino volvió a ser el que fue en otro tiempo, y así, durante muchos siglos.

Fin

Álvaro

Álvaro Martín Muñoz

1º Premio del Concurso "Atrévete a escribir"

Categoría: Secundaria